

Dup.

FM
1209



SESION SOLEMNE

celebrada bajo la presidencia del

Excmo. Sr. Ministro de Estado

EN EL

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

con asistencia del

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA M. N. Y M. H. VILLA DE MADRID, CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, CUERPOS DIPLOMÁTICO Y CONSULAR DE LAS NACIONES HISPANOAMERICANAS, COMISIÓN ORGANIZADORA Y OTRAS REPRESENTACIONES OFICIALES

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1920

para conmemorar la

FIESTA DE LA RAZA



MADRID, 1920

IMP. MUNICIPAL



SESIÓN SOLEMNE

CELEBRADA BAJO LA PRESIDENCIA DEL

Excelentísimo señor Ministro de Estado

EN EL

Paraninfo de la Universidad Central

CON ASISTENCIA DEL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA M. N. Y M. H. VILLA DE MADRID, CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, CUERPOS DIPLOMÁTICO Y CONSULAR DE LAS NACIONES HISPANOAMERICANAS, COMISIÓN ORGANIZADORA Y OTRAS REPRESENTACIONES OFICIALES

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1920

PARA CONMEMORAR LA

FIESTA DE LA RAZA



Madrid, 1920.

Imprenta Municipal.

10028

SESION SOLEMNE

CELEBRADA BAJO LA PRESIDENCIA DEL

Excelentísimo señor Ministro de Estado

EN EL

Patrimonio de la Universidad Central

CON ASISTENCIA DEL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA M. N. Y M. H. VILLA DE MADRID, CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, CUERPOS DIPLOMÁTICO Y CONSULAR DE LAS NACIONES HISPANOAMERICANAS, COMISIÓN ORGANIZADORA Y OTRAS REPRESENTACIONES OFICIALES

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1920

PARA COMEMORAR LA

FIESTA DE LA RANA



Imprenta Municipal

Madrid, 1920

1492-1920

1425-1920

EXCMO. SR. MARQUÉS DE LEMA,
Ministro de Estado.

Nos reunimos, por iniciativa del Excmo. Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Madrid, para celebrar la *Fiesta de la Raza*. El Sr. Alcalde Presidente tiene la palabra.

EXCMO. SR. CONDE DE LIMPIAS,
Alcalde Presidente.

Señoras y señores: El Ayuntamiento de Madrid, a cuya feliz iniciativa se debe la celebración de esta hermosa fiesta de confraternidad hispánica, que en estos momentos está teniendo lugar en todas las principales poblaciones de España y América, no puede dejar hoy, en que por primera vez transpone los umbrales de la Casa municipal para hacerse más amplia, más solemne, si cabe, de venir a expresar aquí, en nombre de la capital de la nación, cómo siente, cómo concibe el sentido espiritual que el pueblo de Madrid da a esta Fiesta y a sus trascendentes finalidades. Porque si en estos tiempos todos los pueblos al reverdecer en la pasada guerra sus glorias militares, tienen a gala enaltecer los principales hechos de su vida de relación, natural es que España conmemore también en este día el hecho más grande, el hecho más extraordinario de la historia del mundo; hecho que pueblo alguno jamás podrá igualar, porque él, al abrir a la civilización un mundo nuevo, hizo a la humanidad soberana del globo terráqueo. En este sentido, señores, la fiesta de hoy es la fiesta del pasado.

Pero tanto España como América, tienen ante sí en estos momentos un presente magnífico. Aquellas naciones a quienes nuestra Patria diera el ser son hoy hijas robustas de una madre fecunda, tan grandes, tan fuertes, tan vigorosas como la propia madre; su espíritu se nutre de nuestro propio espíritu. Calculad, pues, señores, lo que esto representa para el porvenir de América y para el de España; para España muy especialmente, cuyo Rey podrá reinar políticamente, circunscrita su soberanía al territorio patrio, pero no olvidéis que es el rey del idioma en que hablara Cervantes, que hablan hoy en el mundo cien millones de seres, que es el rey de la literatura castellana, en la que se inspiran los escritores de diez y nueve pueblos, que es el rey de las costumbres, de la hidalguía, de la caballerosidad españolas, que son las mismas costumbres, la misma hidalguía, la misma caballerosidad

americanas. En este sentido también la fiesta de hoy es la fiesta del presenté, porque ella sirve para que esos sentimientos se vigoricen, esos lazos se estrechen y esa comunidad espiritual se produzca como fruto natural y espontáneo de esa comunidad de raza. Pero si importante es recordar las glorias del pasado y estudiar el presente, el objetivo, la finalidad primordial de la fiesta de hoy, es preparar el porvenir; que allá en la lejanía del futuro, en un porvenir tal vez no muy remoto, se vislumbra ya la posibilidad de una aproximación espiritual más íntima, que en respeto mutuo de sus peculiares características, de su independencia absoluta, puede constituir, andando el tiempo, una entidad superior, que lleve a la ponderación del prestigio, del esfuerzo, de la actividad, de los valores espirituales y económico mundiales, todo el prestigio de la Historia de España, todo el vigor de esos admirables y jóvenes pueblos de América, que nos asombran por su actividad y por su esfuerzo, todo el caudal inmenso de los recursos económicos de ambos continentes, enlazados a través del Océano en un intercambio permanente de actividades, de esfuerzo y de trabajo. En este sentido, la fiesta de hoy es la fiesta del porvenir.

Y por que esto sea así, señores, el pueblo de Madrid hace votos; y a la persona que inmerecidamente le representa en este acto, habréis de permitirle que, al enviar el más efusivo y cariñoso saludo a todos los pueblos de América aquí representados, se deje arrastrar, siquiera breves instantes, por el vivísimo sentimiento patriótico que en este momento le anima, y termine recordando aquellos versos del inmortal Zorrilla:

«Lejos de mí la historia tentadora,
de ajena patria y religión profana,
mi voz, mi corazón, mi fantasía,
la gloria canta de la Patria mía.»

Y el pueblo de Madrid, siente hoy, señores, que su Patria no sólo es España: es América. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

SR. D. JOSÉ LUIS PANDO BAURA,
Representante de las Juventudes
Hispanoamericanas.

Allá brillaban las gemas magníficas sobre un horizonte cristalino y diáfano. Era como una aurora esplendente, como un nuevo despertar de la vida, como un resurgir de la propia Naturaleza. El Océano no guardaba ya

el misterio de las edades bíblicas. La Atlántida fabulosa y gigantesca surgió en un día, potente y firme, como una esperanza, como un presagio.

Surcaron los mares, alentadas por el soplo viril de la costa. Allá van las naves heroicas envueltas en aureola triunfal de cruzada y bajo el peso de su audaz aventura. ¡Imaginaciones soberbias, temples de acero, recias voluntades, espíritus aventureros! Bajo un nuevo sol se concibió la empresa sublime, fabulosa, épica, y el Océano misterioso y hermético dejó en el surco abierto por las quillas de la estela luminosa, la senda de un nuevo continente.

Los hermanos Pinzones, representantes netos de la stirpe española, llevaron con su esfuerzo, con su enérgico empeño, el pendón de Castilla a la Atlántida inmensa. Los Pinzones heroicos levantaron el ánimo de Colón, ofreciendo sus artes de marinos expertos. Y la Historia sublime de la España romántica escribió la gran página.

Allá van las naves heroicas envueltas en aureola triunfal de cruzada y bajo el peso de su audaz aventura. En alto los espíritus, desbordante el caudal de fantasía, recia la esperanza, la fe, la voluntad; incommovibles ante los futuros peligros, marchan los rudos hombres de combate, iluminados por la luz del Destino.

Las carabelas se perdieron en el horizonte, protegidas por la soberana fuerza del ideal.

Las aves del mar llevaron las primeras ofrendas a los heroicos caudillos del descubrimiento. Fueron heraldos del futuro, pregones sencillos de una grata nueva. Llevaron con sus alas de alabastro la esperanza, una nueva ilusión.

¡Aves del mar, mensajeras de la tierra misteriosa! Con vuestro vuelo sutil y blando llevastéis el consuelo al corazón de los gloriosos aventureros, rendidos y agotados.

Fué la grata revelación de la proximidad de la tierra soñada. ¡Aves del mar, mensajeras de la tierra misteriosa! En vuestros picos transportastéis, providenciales la rama de la esperanza, la rama bienhechora.

III

En alto la Cruz, insignia inmortal de Cristo; de rodillas, bañados sus espíritus por la luz del Destino, aquellos hombres maravillosos recibieron los primeros goces de su obra.

¡Goces íntimos, indescriptibles! Ellos supieron arrancar de las entrañas del Océano el continente soñado por Platón. Y en las feraces tierras primitivas, el estandarte de Castilla pudo ondear, invicto, como una anunciación del mañana.

* * *

Antes del alba del viernes, 12 de octubre de 1492, Rodrigo Sánchez de Triana dió la suspirada voz de ¡Tierra! Hace cuatrocientos veintiocho años en que, realizada la gran epopeya, España llevó su savia y sangre a aquellas regiones, aportando al mundo una nueva civilización. Vasco Nuñez de Balboa, Ponce de León, Hernández de Córdoba, Grijalba, Almagro, Hernán Cortés, Alvarado, Valdivia, Pizarro, Solís y Belalcazar, continuaron la empresa iniciada por el glorioso genovés, asombro del mundo, que creyó encontrar al Oeste de Europa, en su expedición gloriosa, las tierras que gobernaban los descendientes del fabuloso y fantástico Khan de Tartaria.

¡América! ¡Tierra hospitalaria, plétórica de vida! ¡Atlántida fabulosa!

Surges potente y magnífica como una nueva tierra de promisión, y en tus rincones paradisíacos es la vida nuevo cauce y fuente inagotable para el hombre. ¡América! ¡Pueblo de las libertades! España, que te hizo fuerte y poderosa, pronuncia hoy tu nombre con religiosa unción. ¡América española! La Metrópoli, orgullosa, te muestra al mundo como una continuación gloriosa de tus tradiciones, como hijas de la misma raza, unidas por el lazo insuperable de la lengua y de la Historia. ¡América! ¡Tierra hospitalaria, plétórica de vida! ¡Atlántida fabulosa!

«Vendrán, en lejanos tiempos, otros siglos en los que el Océano desatará los vínculos de las cosas; aparecerá la inmensa tierra. Tetis ostentará nuevos orbes, y Tule, no será ya la última tierra conocida.»

Hoy, veinte pueblos conmemoran la gran epopeya. Hace cuatrocientos veintiocho años en que Colón, con los tripulantes gloriosos de la expedición, llegaron a una pequeña isla, parte del inmenso continente cuya exis-

tencia hubieron de ignorar siempre aquellos descubridores. ¡Tierra!, fué el grito del alma que repercutió en la inmensidad del Océano como una salutación. ¡Tierra!, exclamaron aquellos rudos marinos, iluminados por la gloria esplendente. La civilización llegó a los bosques donde la vida transcurría primitiva y envuelta en el misterio de su apacibilidad.

Hoy se congregan veinte pueblos para cantar alabanzas en el mismo idioma. ¡Fiesta de la Raza! ¡Unión espiritual de naciones! ¡Constraste y ejemplo para aquellos pueblos en que el odio triunfó y fueron las ambiciones estímulos de conquista! España, la calumniada, la escarnecida, se yergue la nueva etapa del siglo como una anunciación esplendente de un futuro de hermandad y de concordia. La América latina, al otro lado del Atlántico saluda a la vieja Metrópoli extendiendo sus banderas como un salmo a la raza, como un salmo al idioma. (*Aplausos.*)

SR. D. ALFREDO SERRANO JOVER,
Concejal del Excmo. Ayuntamiento.

Señoras y señores: Jamás pude recibir distinción más honrosa, por la benevolencia del Sr. Alcalde y de mis compañeros de Concejo, que la designación para llevar su voz en este hermosísimo acto. Comprendo, también, que jamás pudo caer sobre mis hombros carga tan pesada. Sin embargo, no titubeé en aceptarla, porque entiendo deber inexcusable de todo hombre de raza hispana, defender a España y defenderla, teniendo en cuenta que, a la conciencia histórica, que es base de la Patria y al conjunto de ideas y pensamientos de que se nutre y sustenta, no se defiende sólo oponiendo el pecho al enemigo en los campos de batalla, sino también y con sin igual eficacia, restaurando el juicio que los hechos de su historia merezcan: reparando la injusticia y el descrédito que sobre ellos hayan hecho recaer con preconcebidas miras implacables rivales, y a cuantos hablan nuestra lengua, les corresponde poner de manifiesto que en la relación de los hechos pasados relativos a la obra de España en el descubrimiento de América, no se ha querido ver toda la inmensidad, toda la grandeza, toda la valentía puesta por el alma hispánica en tan grandioso acontecimiento.

Pasma, maravilla el contraste inexplicable que se da entre lo que las generaciones posteriores han pensado o les ha preocupado el descubrimiento de América y nuestra obra, y el efecto que produjo a la generación coetánea

a él. Parece que los españoles sentimos, cual ningún otro pueblo, el peso de aquella predicción bíblica que dice: «Y puso Dios el mundo en disputa de los hombres, con que ninguno de ellos pueda hallar las obras que él mismo realizó y realiza.» España se ha aquietado; por su silencio y pasividad, parece haberse conformado con la leyenda negra que los países rivales de la hegemonía española echaron sobre ella, para sustraerle la adhesión espiritual del mundo. A veces hemos contribuído también a trazar el derrotero equivocado por donde marchara el juicio de nuestras empresas, o hemos puesto empeño en propalar las mil torcidas interpretaciones que los extraños forjaron, aguijados por el odio de la significación y desenvolvimiento de la colonización en América. En cambio, pasad la mirada por los escritores de aquella época, y observaréis por doquiera, en el momento del descubrimiento de la nueva tierra, la extrañeza, el asombro, el ansia de comprobar la certeza de la noticia que les llegaba. Ved en aquellos hombres, cuya altura intelectual les permite sobreponerse a las pequeñas pasiones y aun a las rivalidades de los pueblos, la alegría de que dan muestras; el alborozo que revela la carta de Pedro Mártir de Angleria a Pomponio Leto, cuando le dice: «Sé como al recibir la noticia del descubrimiento de los antípodas os embargaba la voz y prorrumpíais en lágrimas.» En nuestros reyes y algunos esclarecidos magnates, observad la decisión inquebrantable de llevar adelante la empresa y el inmediato y altísimo deseo de civilizar aquellos pueblos, de infundirles la propia espiritualidad, y lo que como hombres de fe teníamos por más preciado: la Religión. En el pueblo, no olvidemos que desde luego se encontraron aquellos hombres de tan recia contextura cuan era indispensable para lanzarse a la aventura misteriosa, y sin los cuales, la idea y el ánimo de Colón de nada hubieran servido a la humanidad, y que de su seno, y en general, de todas las capas sociales, fueron surgiendo la serie de caudillos, exploradores, misioneros y gobernadores, que asombran siempre por su valor, e innumerables veces por el denuedo y tino con que de consuno acertaron a sobreponerse a las más difíciles situaciones. España dió de sí lo que no se podía esperar de ningún pueblo, muchedumbre pletórica de maravillosas condiciones, y América, a cambio de la civilización que recibía, proporcionó al país y a los hombres que se arriesgaron a tamaña empresa, escenario y motivo para alcanzar la gloria y la inmortalidad. Con razón escribe Lummis: «Cuando España halló de pronto las nuevas tierras más allá del mar, este hecho causó un despertar de la especie humana como jamás se vió antes, ni después se ha visto igual... No se aprovecharon tan solo de este maravilloso cambio los privilegiados y los grandes; no hubo nadie que por pobre o ignorante que fuese, no pudiera entonces crecer hasta alcanzar la plena estatura del hombre que dentro de él había.» En tanto, mirad cómo permanecen absortos e inde-

cisos los demás países de Europa; cómo, aun de entre ellos, los que la Historia al uso presenta por ejemplo de navegantes y colonizadores, dejan pasar muchos años sin que la curiosidad los empuje y muchos más hasta que emprenden sus primeras exploraciones e inician una obra colonizadora, que si no es más grande en hazañas y esfuerzos que la española, le ha cabido la suerte de obtener superada fama.

Desgracia grande fué para la Patria que en aquel siglo de oro de nuestras letras, el habla española, tan rica y rotunda, no hallara un cantor de la empresa americana, que acertara a describir en inmortal epopeya la obra conjunta e inmensa de tantos colosales forjadores de los nuevos pueblos que hoy son orgullo de la raza hispana, como las heroicidades de Grecia tuvieron un poeta que las legara a la posteridad, recogiendo, según se cree, cuanto había expresado el alma popular en diversos cantos. Ni siquiera surgió falange de juglares que en romances y cantos de gesta, cual los que rememoran y poetizan nuestra Reconquista, infundieran en la masa, excitando su fantasía, el entusiasmo por la conquista de América y la aureolaran con aquel sabor legendario que a través de las generaciones conmemora y agranda los hechos de un pueblo. Sin embargo, el descubrimiento de América no sólo ofrece un caudal inagotable de poesía por la magnitud de la obra y el esfuerzo que consume, por las figuras que crea, sino ante todo y sobre todo, porque trae a la luz de la Historia, porque muestra como realidad el misterio de una leyenda que desde los tiempos antiguos viene flotando sobre larga serie de generaciones con variadas formas, cual vestigio de otra realidad más remota, sepultada quizá por algún cataclismo geológico y entenebrecida por el transcurso de los siglos. Es la misteriosa idea sustentada por escritores antiguos y mantenida por hórridos relatos en la Edad Media, de la existencia de tierras ignotas al otro lado del Océano (*aplausos*); es la creencia en nuestros antípodas nunca velada en esos tiempos, pero ligada a la leyenda de la Atlántida, de que nos habla Platón en sus diálogos, que con sus sombrías y amenazadoras narraciones puso dique al ánimo de los navegantes más esforzados para aventurarse por aquel mar innavegable, lleno de escollos y bancos, sobre cuyas aguas se cernían espantosos monstruos y cuyo ignorado límite, para los entonces desconocedores de las leyes de la gravedad, amenazaba con la caída desde la tierra a la inmensidad de los espacios siderales. Es, en fin, aquella inquietud de los espíritus selectos que traduce Séneca en su *Medea* con frases que parecen predicción, al decir: «Vendrán siglos de aquí a muchos años en que el Océano afloje las ataduras de cosas y aparezca gran tierra y descubra Tiflis, que es la navegación, nuevos mundos y no será Tile la postrera de las tierras».

Cuando se erguía en las orillas del Océano la leyenda del mar tenebroso

y de sus monstruos, cuando no se tenían noticias ciertas de que nadie se hubiera atrevido a alejarse por aquellas aguas, aunque la tradición atribuyera descubrimientos de islas en el Atlántico por los cartagineses, se necesitó que la idea salvadora de Colón se aunase con el temple de acero, con el alma redentoramente esforzada de aquellos españoles que se aprestaron a acompañarle, para que las tierras americanas surgieran a la luz del mundo. Se necesitó también de la entereza y constancia de nuestro pueblo para que la empresa no se malograra, que noticias hay de que en la Edad Media escandinavos y normandos llegaron a las costas de América, pero solamente por obra de hombres gigantes, que eligieron como teatro de sus prodigiosas hazañas las nuevas tierras, emergió la inmensidad del continente americano para la civilización. (*Aplausos*).

Faltaron los poetas que inmortalizaran o vulgarizaran nuestra obra, y los pocos que se inspiraron en sucesos americanos, escribieron sobre escasas y aisladas empresas, y cual Ercilla, más propicios a cantar las glorias de los enemigos que la grandeza de los propios, achaque de la hidalga condición de nuestro pueblo. Bastantes fueron los misioneros, que impregnados de un fuerte sentimiento de piedad hacia los indígenas, se constituyeron en sus defensores frente a caudillos y gobernadores y en portavoces de las crueldades que se cometían y que por sus vivas lamentaciones y fuerza de los relatos del padre Las Casas han llegado a ser más conocidas que la multitud de obras buenas que realizamos, justamente porque entre nuestros colonizadores hubo un sentido de humanidad que los demás pueblos han juzgado bagaje inútil en empresas de esa índole. Nuestros historiadores de Indias son los que nos han legado un rico caudal de obras, donde la emoción de la empresa se refleja mucho mejor, según hace notar Humboldt, que en nuestros poetas y que atraen y subyugan a los estudiosos, pero que desgraciadamente no son conocidas de la masa, ni se han realizado esfuerzos por difundirlas. Al declinar nuestro poderío, todo se aprovechó para detracarnos y hacernos aparecer en la Historia como un pueblo atrasado y cruel, cuyo único incentivo en la empresa americana fué un ansia inmoderada de riquezas, que sólo por la rapacidad sabíamos alcanzar. Para restaurar el juicio y reparar la injusticia con España cometida hay elementos y materiales históricos sobrados; a la raza hispana le corresponde el primer lugar en ese empeño, y fuera mengua de su propia condición no cooperar a la hermosa obra vindicatoria de nuestra colonización, emprendida por escritores norteamericanos.

Decía Ganivet, aquel gran pensador que en escasas páginas acertó a delinear la idiosincrasia del pueblo español, que no debíamos pensar en nuestra reconstitución con la mira puesta en conquistas de carácter material,

que si España fué la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y la primera en decaer y terminar su evolución material, es también la primera que ha de trabajar en la restauración política y social de un orden completamente nuevo y está, por tanto, para ello en grado superior de desenvolvimiento respecto a las naciones que conservan aún su grandeza y prosperidad en aquel sentido. Para tan esclarecido escritor, nuestro papel histórico nos obliga a transformar la acción de material en espiritual.

Ese profundo juicio que en el año 1896 se estampara en las páginas del *Idearium Español*, ha tenido plena confirmación en los sucesos que acaban de conmover el mundo, porque durante la pasada guerra, quizá producida por un desequilibrio cada vez más acentuado entre el esplendor material y los factores espirituales de la civilización, los pueblos en lucha han tenido que volver la vista al tesoro ideal que las generaciones pasadas crearon y nutrirse y sostener a su costa las proezas y sacrificios que el momento reclamaba; y el amor patrio y todos los demás ideales y el fuego del espiritualismo, que, como depósito de energía se había creado para cada raza en los períodos más hermosos de su Historia, han tenido que ponerse a contribución para salvar a Europa en tan espantosa crisis, adquiriendo a precio incalculable el convencimiento de que el auge debido a la prosperidad material no puede ser duradero ni tiene base sólida. (*Aplausos.*)

Nosotros fuimos grandes, impulsados por una fuerza ideal; decaímos rápidamente en nuestros empeños de expansión material, asfixiados por un ambiente que no era el propio de nuestra raza y hubimos de ceder el paso a otros pueblos cuando no bastó oponer a sus medios materiales el arranque de nuestro espíritu. Es necesario que pensemos en que a América nos llevó un ideal por cima de cualquier otro deseo, que a despecho de la leyenda corriente, bien lo patentizan los testimonios de las relaciones e Historias de Indias; que nuestros hombres pensaron más en evangelizar, en transmitir sus conocimientos, en realizar una obra de verdadera colonización, que en todo lo que pudiera proporcionarles provechos materiales; en que nuestra característica está en un fuerte espiritualismo. Y a la hora en que el factor espiritual resurge en el mundo, fuera locura que el pueblo, que abrazado a él cayó, lo abandonara para cerrarse los caminos de un nuevo y feliz resurgimiento que naturalmente trae la continuidad de la Historia y las características de la raza.

Políticos y gobernantes de los pueblos en día más potentes hace tiempo que nos hablan de la necesidad de escuela y profesores de energía en la educación de los nuevos ciudadanos. La raza hispana no puede tener más rico venero para la formación del carácter que el ejemplo insuperable de energía que ofrecen caudillos y exploradores de América. Pero la formación

del carácter no supone más que la creación del motor; da la fuerza, el impulso, pero no la dirección; ésta sólo se consigue transfundiendo en la mente de un pueblo el caudal espiritual de su historia.

Cuando se habla del apretamiento de los vínculos entre España y las naciones americanas de nuestra raza; cuando se trata de la necesidad de estrechar las relaciones económicas y comerciales, pienso siempre que nada se conseguirá si ese amor instintivo que durante mucho tiempo ha constituido nuestro acendrado, pero único nexo no se transforma en una obra reflexiva y constante de unión espiritual. Para lograrlo, entiendo que no hay medio mejor que el trabajo conjunto de todas las naciones interesadas en la reconstitución de la Historia de la conquista y colonización española en América. De ese modo nos uniremos más para que la influencia extraña no sea lo que hasta ahora ha sido y reconstituyéndonos con nuestra propia característica, una era nueva de esplendor ha de llegar para nosotros, no por la fuerza, ni la violencia, sino por la difusión de la cultura y el progreso a que siempre hemos aspirado. (*Grandes aplausos.*)

SR. D. FERNANDO JARDÓN,
del Cuerpo Consular Americano.

Sr. Ministro, Sr. Alcalde y señores: El Cuerpo Consular Americano, que me honro en presidir, ha tenido un segundo mal acierto, y es; el de designarme para ser yo el que en nombre suyo use de la palabra en la *Fiesta de la Raza* que el Excmo. Ayuntamiento de Madrid ha organizado para conmemorar el día 12 de octubre, que es la fecha gloriosa que señala el origen del vínculo de la querida Patria madre con todas las naciones de América.

Debo significar, primeramente, el agradecimiento de todos mis colegas y el mío propio, al Sr. Alcalde y al ilustre Cabildo municipal de Madrid, por la deferencia y gentileza que han tenido con nosotros al invitarnos a celebrar, una vez más, esta efemérides.

He de sujetarme a las disposiciones reglamentarias que nos obligan a leer y no a pronunciar un discurso; procedimiento que, si bien carece del calor de la improvisación, tiene la ventaja de la idea pensada e inspirada en el mayor afecto.

El Excmo. Ayuntamiento de Madrid viene a traer para nosotros, en este día, el recuerdo perenne de lo que fué el paternal Gobierno de la época co-

lonial por parte de España, pues toda nuestra organización política está calcada en aquéllas Comunidades de Castilla cuyo régimen llevó la madre España a sus entonces colonias de América, funcionando de tal modo hoy día los Cabildos de casi todas las naciones de América, que, en muchos casos, conservan más la tradición del antiguo solar hispano que los mismos Municipios españoles. Y si la organización municipal es la base de la política, como la educación en el hogar es la base del desenvolvimiento de lo que ha de ser el individuo, no cabe duda alguna, señores, de que los americanos en América, somos a veces, muchísimas veces, más españoles que los españoles en España.

Por eso me congratulo más de que la *Fiesta de la Raza* sea organizada y patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, pues nos parece así a todos y a cada uno de nosotros, una prolongación del solar americano, que regresa al solar español.

Os debemos, además, no sólo la conquista y la colonización de América, sino el idioma que nos llevasteis, pues no son sino ramas históricas o geográficas de un mismo tronco filológico, el castellano oral del siglo xv, que siguió una evolución en España, y otra, paralela en América, al ser trasplantado allí por el descubrimiento; tanto que, a veces, lo que nos criticáis como hispanoamericanismos o criollismos, no son sino hispanoamericanismos del tiempo de la conquista o de la colonización.

Por eso se puede afirmar hoy científicamente que el idioma popular de América no es una degeneración del castellano, y menos, aún, el germen de un nuevo idioma por corrupción de sus antiguas raíces castizas; antes bien, es la perduración del habla del vulgo hispánico, que sobrevive en ciertas regiones peninsulares con ligeras modificaciones. Y tan es así, que creemos que esto es nuestro, que en varios de los países americanos, la enseñanza de la gramática castellana en los estudios de segundo grado, se denomina de «Idioma nacional», y esto es, porque consideramos que nuestra Historia es la Historia de España y no podremos estudiar la nuestra sin antes conocer la de nuestra madre, pues fuera de mal nacidos renegar de nuestro abolengo.

Y podría, por esto, terminar con los conocidos versos del gaucho Martín Fierro:

«Y si canto de este modo
por encontrarlo oportuno,
no es para mal de ninguno,
sino para bien de todos».

Pero no sería fiel intérprete de los deseos que siempre han animado y animan a cuantos constituimos el Cuerpo Consular Americano de Madrid, si no os dijera qué es lo que los Cónsules deseamos de España, esperamos

de ella y lo que le ofrecemos, y que es: El acercamiento espiritual cada día más íntimo, entre todos los países de América con España, junto con aquellas necesarias relaciones de intercambio comercial que hoy día son la base de toda íntima relación de amistad, y más entre pueblos y naciones que provienen de un mismo tronco. Queremos que los profesores y los estudiantes de nuestros países conozcan, cada vez más, a los profesores de las gloriosas Universidades españolas, y ya que me cabe el honor de dirigiros la palabra en el paraninfo de la Universidad complutense, séame también permitido, dirigir un respetuoso y muy afectuoso saludo al sábio Sr. Rector de esta Universidad Central, así como a todos y cada uno de los profesores que integran el claustro ordinario, ya que me cabe también la honra de ser el único extranjero que pertenece al claustro extraordinario de Doctores de esta Casa, de la cual conservo los más gratos recuerdos de mi ya pasada y tantas veces recordada vida estudiantil. Queremos, también, que los profesores y los estudiantes de estas Universidades, fomenten el intercambio de libros y conferencias con los Centros docentes de nuestros países, y queremos esto, y por eso se lo ofrecemos a España, para que siempre el vínculo espiritual, que es la base también del vínculo o la relación material o comercial, se afiance y estreche cada vez más, para que las Cancillerías de nuestros respectivos Gobiernos puedan concertar los más beneficiosos tratados de comercio, al objeto de que por realidades y por acciones eficaces se acrecienten más los lazos que nos unen a todos y que no solamente quede el recuerdo de frases y de conceptos halagüenos que repitamos cada año al conmemorar esta fecha histórica, sino que, por el contrario, laboremos el año entero por el acercamiento, cada día mayor, de España con sus hermanas, y en este día descansemos de la labor hecha, ofrendando ante el altar de la Patria madre el culto fervoroso de sus hijos de América.

Y finalmente, señores, en nombre del Cuerpo Consular Americano de Madrid, presento nuestro respetuoso homenaje al Rey hidalgo y caballero, a Don Alfonso XIII y a su Gobierno, tan dignamente representado por el señor Ministro, a la Corporación municipal de Madrid y a su digno Alcalde; al Sr. Rector de esta Universidad, que nos brinda, como siempre, hospitalidad, y a su claustro de profesores, y en nombre de todos hago fervientes votos por la grandeza de España y del pueblo español.

EXCMO. SR. D. JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDÓ,
Rector de la Universidad Central.

Excmo. Sr., señoras y señores: Gran contentamiento ha sentido la Universidad al recibir la petición del dignísimo Sr. Presidente del Ayuntamiento de Madrid, del salón del paraninfo para celebrar la *Fiesta de la Raza*. Me apresuré a contestar a la comunicación, interpretando el sentimiento unánime de esta Universidad, ofreciendo no sólo este local, sino la Universidad entera y la colaboración del Profesorado y de los estudiantes para cuanto nos necesitasen, a fin de dar esplendor a esta Fiesta de transcendencia incalculable. (*Muy bien.*)

La Universidad viene celebrando ya actos para el fin de la confraternidad hispanoamericana. El presente no es una novedad para esta institución, es uno más en la serie, aunque más grandioso que todos los hasta aquí celebrados. Por lo mismo que esta solemnidad es extraordinaria, yo me complazco en decir a todos los representantes de los pueblos hispanoamericanos, a todos los estudiantes americanos que, cada vez en mayor número, vienen a honrar esta Universidad, recibiendo sus enseñanzas, que esta es su casa, que aquí estamos todos, en absoluto, a su disposición, con los brazos abiertos, con el mayor derramamiento de alma, para llegar a la más íntima compenetración y confraternidad del espíritu. (*Aplausos.*)

Pero, señores, hay algo significativo en que venga a celebrarse esta fiesta en el paraninfo de la Universidad relacionándose con el curso de los sucesos mundiales. Después de las pasadas tremendas conmociones, a consecuencia de las cuales están revueltos y agitados todos los intereses humanos, han de volver las cosas a sedimentarse de modo distinto a su anterior estado, y en esa futura sedimentación, las afinidades espirituales son las que más se han de buscar, para construir federaciones de pueblos de la misma raza, y entre éstas la vasta, vastísima federación hispana para realizar la obra humana que en lo porvenir les esté designada y pesar en los destinos del mundo, como seguramente han de pesar las jóvenes Repúblicas tan pujantes, tan vigorosas, que por obra de nuestra colonización han formado su alma con un sentido ideal que mucho aprovechará a la futura Humanidad. (*Muy bien, muy bien.*)

Así como en España, después de aquella larga y laboriosísima gestación de la edad media, llegó, por fin, a la consumación de la obra de la Reconquista, y surgió entonces el ideal nacional, así también en estos momentos, después de estas tentativas de relaciones diplomáticas, de uniones cada vez

más frecuentes y más íntimas, se llegará a constituir en el porvenir una nación federativa, con independencia de cada uno de los Estados, y esa nación, espiritualmente federada, será la nación hispánica, de la cual entonces surgirá un ideal grandioso, como surgió el ideal grandioso español a fines del siglo xv y principios del xvi.

Y este ideal, señores, ¿dónde se habrá elaborado? Seguramente en todos los Centros de cultura, y, por consiguiente, en la Universidad. Las Universidades son las que más necesidad tienen de ponerse al habla, en comunicación íntima, para ir realizando obra común de compenetración, de la cual, seguramente surgirá el ideal hispánico por la gran confederación de la España de allá del Atlántico que ha de realizar Dios sabe qué grandes empresas en los tiempos futuros. (*Aplausos.*)

En este sentido, interpretando no sólo el sentimiento de la Universidad de Madrid, sino creo que el sentimiento de todas las Universidades españolas, me permito rogar a todos los representantes diplomáticos que honran este acto con su presencia, que digan a las Universidades de sus respectivos países que aquí están las Universidades españolas ansiando estrechar sus relaciones con ellas, no sólo relaciones administrativas, oficiales, burocráticas, sino relaciones efectivas, intelectuales, y que aquí las esperamos con los brazos abiertos para ir juntos a la elaboración del ideal de nuestra raza que espero ha de ser prepotente en tiempos venideros, como fué el de su vieja Metrópoli en la centuria décimosexta. (*Aplausos.*)

Yo quiero, señores, que cada una de las Universidades, no sólo de España, sino de las Repúblicas hispanoamericanas, se convierta en una catedral del culto al ideal hispánico. Como la Iglesia católica celebra en todos los ámbitos de la tierra las mismas fiestas en los mismos días y a las mismas horas, pido que en todas las ciudades de España y de América se verifique esta fiesta solemnísimas de primera clase, enfervorizando la iniciada comunidad de sentimientos con el deseo de llegar a la comunidad de ideas y de afectos. De esa manera, todos unidos, españoles de uno y otro lado del Atlántico, marchemos en común inteligencia a labrar el porvenir, constituyendo, por integración de los hoy dispersos elementos, la vigorosa y bien definida personalidad social reconocida como indispensable colaboradora del progreso humano por su grandeza intelectual y moral.

Por la realización de este patriótico anhelo, hago votos fervorosísimos y pido la colaboración de todos los pueblos aquí representados, enviándoles el más afectuoso y efusivo saludo en nombre de la Universidad de Madrid, que oficialmente represento. (*Aplausos.*)

EXCMO. SR. D. MARIO GARCÍA KOHLY,
Ministro de Cuba.

Excmo. Sr. Ministro de Estado, Sr. Rector de la Universidad Central, señoras y señores: La majestuosa evocación a que el alma española y el alma americana, asociadas en la comunidad de un mismo sentimiento, fraternizadas en la identidad de un mismo ideal, consagran hoy el tributo de su recuerdo emocionado, constituye la más gloriosa de todas las conmemoraciones, la más insigne de las efemérides, el más radioso de los aniversarios, porque para todos los que, de un modo o de otro, a esta evocación y a esta solemnidad contribuimos; para vosotros, los hijos de la Nación progenitora, de la Nación que, en cumplimiento, acaso, de una misión providencial, realizó sobre la tierra la obra excelsa de civilización y de heroísmo que la epopeya del descubrimiento y de la conquista representa; y para nosotros, los hijos del Nuevo Mundo, del Continente en cuyo suelo fecundo y virgen encendió el genio de España la antorcha de la cultura y de la fe, este día permite fundir los pechos en un mismo culto y unir las almas en un mismo amor; vosotros descubriéndoos respetuosos, saludando conmovidos ante la enseña ilustre que flameó este día, llevando a un mundo la imagen santa del Redentor del hombre el primer aliento de civilización y el primer soplo de progreso; nosotros acudiendo solícitos a aportar la ofrenda de nuestra veneración y de nuestro amor ante el árbol secular y augusto de esta nuestra inmortal genealogía, y a descubrirnos también ante la tierra heroica que guarda tal grandeza y que encierra y que sintetiza tanta gloria, con la emoción profunda y el fervor inmenso que siente el hijo emancipado, pero amoroso y reverente, ante el hogar sagrado de sus progenitores. (*Aplausos estruendosos.*)

Y si durante dos años consecutivos, la bondad generosa de mis ilustres compañeros de representación diplomática hispanoamericana, ha conferido a mi incompetencia la honra altísima, y profundamente agradecida, de concederle su representación en estos actos, yo os declaro, señores, que, si esta vez su bondad y su cortesanía inagotables, no me hubiesen reiterado, con tal encargo, semejante honor, lo habría solicitado de su delicadeza, lo habría pedido a su compañerismo, porque esta vez yo traigo a este acto el eco de una solemnidad verificada en mi país, y que ha impreso, en las relaciones políticas internacionales entre la nación descubridora y la última en tiempo, pero no en amor, de sus hijas emancipadas del Continente americano, un sello permanente e inextinguible, de profunda confraternidad y de hondo afecto.

Y ese eco es el eco amoroso de los aplausos, de las aclamaciones, de los vítores con que el pueblo cubano, emocionado y conmovido, ha saludado el pabellón de España cuando un acorazado de vuestra marina nacional, mensajero de amor, saludaba con sus cañones las fortalezas de nuestro puerto, mientras las flores de todos los jardines de la Habana se deshojaban para ofrecerse como tapiz y alfombra al paso de los marinos españoles, (*grandes aplausos*). De esos aplausos, esas exclamaciones y esos vítores, mil veces más fuertes, más vigorosos, y más potentes que las salvas, que atronaban y estremecían el espacio, mientras múltiples almas españolas y cubanas, latían palpitantes bajo el influjo de un sentimiento igual, mientras múltiples corazones españoles y cubanos, vibraban enardecidos bajo el mandato de un sentimiento idéntico, mientras múltiples ojos españoles y cubanos, nublados y enrojecidos, pugnaban vanos por contener las lágrimas, mientras allá, en lo más alto, sobre el mástil gallardo de vuestro acorazado, las dos banderas española y cubana, flameando orgullosas, unidas por el amor y por la veneración de todo un pueblo, juntaban la nota roja de sus colores respectivos, mostrando así que no cual vana coincidencia, ni como arbitraria casualidad dictada por el azar o hecha al capricho, sino como nuncio profético, como visión clarividente de los destinos augustos, eternos, inmortales e inmarcesibles de la raza, la nota que une, confunde, estrecha, identifica y fraterniza nuestras banderas distintas y nuestros destinos comunes, que es la que lleva el color de la misma gloriosa sangre que corre ardiente y atormentada en nuestras venas, de igual manera que es una misma alma—el alma inquieta de la raza hispana—la que en vuestros pechos y nuestros pechos vibra (*¡bravo!, ¡bravo!, grandes aplausos*). Y yo os digo, señores, que de aquella manifestación delirante del sentimiento de un país, mejor dicho, de aquel intenso y vibrante latido del alma y de la conciencia americanas—porque lo que a mi Patria correspondió en aquel acto fué la misión de traducir y de interpretar un sentimiento universal de América, de igual manera que a su modesto representante en este acto corresponde el honor y la fortuna, aunque no el acierto, de recoger y transmitir una palpitación y un latido del alma y el corazón americanas—yo os digo, repito, que de aquel testimonio elocuente del pensamiento y del sentimiento americanas se deriva una lección y se deduce una enseñanza de tal manera elocuente, transcendental y sugestiva, que ciego tiene que estar quien no la vea, torpe tiene que ser quien no la advierta e insensato o culpable quien, conociéndola y apreciándola, no la utilice, no la aproveche y patrióticamente no la dirija y no la encauce en beneficio de los santos ideales, de los sagrados intereses y de los altos destinos de la raza (*¡muy bien!, grandes aplausos*). Y esa lección lo que nos dice con elocuencia incontestable e insuperada, esa lección lo que nos ense-

ña y esa experiencia lo que nos demuestra, es que entre pueblos que tienen comunidad de origen, de historia, de tradición, de espíritu, de sangre, de sentimientos y de alma, mil veces más fuertes, más firmes, más sólidos y estables que los vínculos siempre efímeros, pasajeros, transitorios, circunstanciales, artificiales y deleznales del poder político, son los lazos eternos e inmanentes, del amor y la estima, de la sangre y del alma, de la raza y de la estirpe (*aplausos*). Esa lección lo que nos dice es que es una ley histórica o, por mejor decir, que es una ley biológica, la que impone, inexorablemente, esos procesos necesarios de la emancipación de todo pueblo al cumplimiento de su mayoría política, y que las grandes conmociones que transforman fundamentalmente su existencia y dan origen a la creación de las nacionalidades, no son sino paréntesis providencialmente decretados para dar cumplimiento a destinos santos, universales e inmutables, que no pueden, al cerrarse en la historia, destruir el santo vínculo que creó el origen ni el lazo eterno que formó la sangre. (*Grandes aplausos.*)

Y nunca día mejor, ni ocasión más propicia para afirmar estas verdades y para proclamar y para establecer estos conceptos, que hoy 12 de octubre, día de evocaciones inmortales en que la voz del patriotismo revive santas memorias y recuerdos excelsos; hoy 12 de octubre en que el alma inspirada del más genial y osado de los navegantes y el alma excelsa de la más bella y santa de las reinas, creyendo acaso estrechos el molde y la estructura de un pueblo, un mundo y una raza para guardar sus nombres inmortales, buscaron otro mundo, para que el molde gigantesco del Continente americano los escribiera y consagrara en él. (*Ovación inmensa.*)

Yo no voy, señores, por que sería ofender vuestra cultura, a repetiros páginas de la Historia que el día de hoy evoca y rememora; pero sí digo que no es posible borrar de la memoria agradecida de los pueblos, sin suprimir el espíritu y sin mutilar la conciencia de la Historia, estas grandes solemnidades, evocadoras de los altos ideales realizados que unen a estas fechas su recuerdo y que forman en el calendario agosto de los pueblos el santoral magnífico y triunfante de sus prestigios, de su grandeza y de su gloria. Es verdad, es una gran verdad que las nuevas orientaciones de la existencia universal moderna, que los recios cimientos y las sólidas bases en que debe reposar la nueva construcción política, económica y espiritual del mundo, aconsejan, con un alto y previsor sentido de realidad y de experiencia, que sean las relaciones económicas de un orden efectivo y práctico, las que afirmen con lazos de conveniencia mutua y de interés recíproco, los vínculos que el sentimiento y el afecto crean; es verdad que son las relaciones económicas, los acuerdos mercantiles, los tratados comerciales, los que, en las efectividades positivas y prácticas de la vida de relación internacional en-

tre los pueblos, crean de modo eficaz y permanente los vínculos más íntimos; pero yo os afirmo que, sin perjuicio de cultivar y de favorecer en cuanto sea debido el desarrollo y el desenvolvimiento de ese género de relaciones y de lazos, estas grandes solemnidades, consagradas de modo exclusivo al culto del ideal, son de una inmensa eficacia para el aseguramiento de esa elevada finalidad, yo afirmo que aunque se inspiren en un alto sentido espiritual tienen, no obstante, una eficiencia positiva y práctica.

¡Ah! ¿Queréis, señores, una prueba de ello? ¿Queréis una prueba cierta, tangible de cómo el culto a los excelsos hechos o a las grandes figuras que honran y enaltecen una raza es la labor mejor encaminada a comprenderla y a amarla?

¿Queréis ver cómo es posible abominar de un pueblo cuando se aman las grandezas de sus hijos o se sienten los resplandores de sus glorias?

Pues permitidme una solemne evocación a este respecto. El día 9 de octubre de 1547, nació en la ciudad, por tantos títulos ilustre, de Alcalá de Henares, un hombre que no conoció en la vida las grandes satisfacciones del triunfo, los lauros inmarcesibles de la victoria, las salvas enardecidas del aplauso, los honores y los prestigios del renombre, las altas consagraciones de la fama, el esplendor soñado de la gloria; que conoció, por el contrario, en su vida, las angustias de todos los dolores, los dolores de todas las miserias, las miserias de todos los martirios. Que conoció el dolor del cautiverio y de la esclavitud sobre su libertad, el dolor de la injusticia y de la preterición sobre su nombre, el dolor de la calumnia y de la difamación sobre su honra y el dolor de la ignorancia y de la incomprensión sobre su obra. Que como el Cristo, llevó una cruz hecha de todos los prejuicios, de todas las desigualdades, de todas las diferencias, de todas las preocupaciones y de todos los errores de una época, y como el Cristo no ascendió al Tabor sin sucumbir y desfallecer jadeante en el Calvario. (*Ovación.*)

Y a ese hombre que no fué un magnate sino un pobre hijodalgo, que no fué un poderoso sino un humilde, que no fué un caudillo sino un soldado, que no fué un vencedor sino un vencido, lo consagran e immortalizan nuestra admiración, nuestra veneración y nuestro culto, porque del fondo lóbrego de sus mazmorras, del hierro enmohecido de sus grilletes, de las lágrimas derramadas por sus ojos, de la sangre vertida por sus venas, de las enseñanzas que llenaron su alma y de los dolores que concentró su espíritu, supo extraer y extrajo los elementos maravillosos que le sirvieron para trazar su obra inmortal y para esculpir en la figura eterna, inmarcesible e inmanente de un caballero errante, atormentado y soñador, el símbolo excelso del culto y la consagración al ideal; a un ideal que todo lo eleva, que todo lo agranda, que todo lo transforma, que todo lo transfigura, que todo lo

embellece, que todo lo dignifica, que todo lo diviniza, que todo lo sublima, que todo lo poetiza y todo lo enaltece; ideal que es ensueño, que es ilusión, que es quimera, que es locura tal vez; pero ideal que es eterno, como el alma imperecedera e inmortal, que asciende hasta el Creador, cerniéndose en las grandezas del espacio, frente a todo interés que es mezquino, cual la materia, perecedera y deleznable, que se hunde y desaparece en el sepulcro, fundiéndose en las miserias de la tierra. (*Aplausos estruendosos y aclamaciones.*)

Pues bien, arracad, si es posible, de la Historia española, todos los hechos, todos los recuerdos y todos los nombres que la elevan, que la dignifican, que la engrandecen y que la honran; arracad, si es posible, de sus páginas palpitantes, la huella luminosa de todos los héroes y de todos los mártires que la constelan y que la enaltecen,—desde el primero que cayó en Numancia aureolado trágicamente por las llamas, hasta el postrero que en Zaragoza se hundió en la tumba y resurgió en la gloria transportado a la inmortalidad en las sombrías alas de la muerte—(*ovación*); destruid, si es posible, todos los libros de sus pensadores, todos los versos de sus poetas, todos los monumentos de sus escultores, todos los cuadros de sus grandes artistas, y el nombre de España seguirá siendo augusto y las generaciones venideras se descubrirán respetuosas y reverentes al pronunciar su nombre porque todos los pensadores, todos los filósofos, todos los literatos, todos los poetas, todos los humanistas de la tierra irán a beber el néctar de la suprema inspiración y la ambrosía de la belleza eterna en esas páginas, fuente de luz inextinguible, del ingenioso Hidalgo de la Mancha. (*Aplausos prolongados.*)

Celebramos, señores—decíase elocuentemente hace unos momentos—una fiesta de confraternidad y de amor. Es cierto. El mal que aqueja a la sociedad moderna, ha dicho la voz augusta del Pontificado, es la falta de amor y confraternidad entre los hombres. Y esas altas palabras, del más santo y puro de los poderes espirituales de la tierra, recuerdan esta bella y delicada parábola. Permitidme decirla: Discutían—dice ella—un guerrero, un tribuno y un triste y mísero desvalido abandonado de los hombres y de la suerte, respecto a cual de las formas múltiples y complejas de la gloria humana,—de esta vana, efímera, pasajera, transitoria y deleznable gloria humana,—era más bella, más deseable y más amada en la tierra, en el alma y en el cielo. La gloria del triunfo sobre los campos ensangrentados de batalla, afirmó el militar; la gloria del aplauso en la tribuna enardecida por el éxito, proclamó el orador; la gloria de amar y de sentirse amado, murmuró el desvalido; de pasar por la tierra como el Cristo demandando y derramando amor, para ascender un día hasta el Eterno, llevándose en los pliegues im-

palpables e imperceptibles de nuestra alma el voto de un reconocimiento perdurable o la ofrenda de un amor inextinguible. (*Grandes aplausos.*)

Nosotros aspiramos, señores, en esta fiesta de confraternidad y de amor, a esa santa, humilde, delicada gloria que demandaba el desvalido; a la que no tiene por escena los campos ensangrentados de batalla, ni la tribuna envanecida por el éxito, a la que no se exalta con el rugir de los cañones, ni se enardece con el tronar de los aplausos; a la que inspira—según la frase delicada y tierna de la parábola—sentimientos de intensidad inextinguible.

Y ved si por esa senda dirigimos, resueltos y decididos—españoles y americanos—nuestros pasos.

Realizaron el genio y el honor de España la epopeya magnífica del descubrimiento y de la conquista. Realizó, después, el honor de América la epopeya de su emancipación. Raudales de sangre y torrentes de lágrimas derramaron unos y otros en tan nobles empresas. Así tenía que ser. La Patria, —harto se ha dicho— es una diosa cuyo culto sólo se forma con el concurso de todos los dolores, fecundado con sangre y regado con lágrimas. Así es como nace el patriotismo; así es como surge y crece y arraiga y se enraiza y perdura en la conciencia y en el corazón del hombre, porque cada reguero de esa sangre o cada gota de esas lágrimas, constituyen una prueba del esfuerzo común, sólido, alto, vigoroso y útil, más fuerte y más poderoso que la vida y más grande y más portentoso que la muerte.

Y si al realizarse la epopeya gloriosa de la emancipación, del seno exangüe y desgarrado de la nación madre, oistéis un grito angustioso de sufrimiento y de dolor, escuchad ese grito, que fué el gemido que da la madre al sentir al hijo que, desgarrándola, se desprende de su seno, se convierte hoy en un santo grito de amor y de júbilo, cuando la madre, revivida su majestad y su grandeza en la grandeza y el poderío de sus libres hijos, siente sobre su frente augusta y venerada el beso amante, reverente y sentido de esos hijos. (*Bravos y aplausos estruendosos.*)

Esa es, aquí, la significación espiritual de este acto.

Y allá, señores, sobre el suelo fecundo, generoso y hospitalario de nuestra libre América, allá, esparcidos por el inmenso territorio americano, cinco millones de honrados, laboriosos patriotas, dignísimos trabajadores españoles, guardando vivo, latente e inextinguible en lo más hondo de su ser un culto eterno, fervoroso y profundo a la Nación donde nacieron y que guarda las tumbas de sus ilustres ancestrales, son el mejor elemento de bienestar y de progreso en aquellas tierras que son la Patria de sus esposas y que han mecido la tierna cuna de sus hijos. Y allí han formado su hogar y allí han creado una familia y allí han constituído y fomentado una riqueza y allí, identificados con nosotros, gozan de nuestras alegrías y sufren con nuestras des-

venturas y alientan con nuestras esperanzas y viven con nuestra propia vida, uniendo en un mismo culto y en un mismo amor, la bandera ilustre de la Nación gloriosa de sus abuelos y de sus padres y el pabellón heroico de la Nación querida de sus mujeres y de sus hijos. (*Ovación.*)

Inspirándonos, pues, al par que en nuestros propios y fervorosos sentimientos, en ese alto y edificador ejemplo que a todos nos ofrecen esos cinco millones de buenos españoles que, sin dejar de serlo, han demostrado, con su amor a América, la noble compatibilidad que existe entre el culto a la Nación progenitora y la consagración al desarrollo y a la grandeza de las libres nacionalidades de su estirpe, permitidme desear que actos de esta naturaleza, afirmen y acentúen los sólidos vínculos que establecen y que aseguran los sentimientos de la profunda identificación hispanoamericana; que desvanecidos por siempre los enconos, olvidados por siempre los agravios, disipados por siempre los rencores, cegados para siempre los abismos, cicatrizadas definitivamente las heridas, al amparo de la ley, a la sombra de la paz y al conjuro del amor, crezca fecundo y arraigue vigoroso el santo árbol de nuestra eterna confraternidad. (*Inmensa ovación.*)

EXCMO. SR. MARQUÉS DE FIGUEROA,
Presidente de la Unión iberoamericana.

Siento verdadera satisfacción, honra grandísima, al tomar en esta manifestación parte, impresionado el espíritu por lo solemne del espectáculo. De buen grado me asociaría en silencio, pero me impone el deber de dirigiros breves palabras la representación de la Unión iberoamericana, que tengo el honor de presidir.

Y es muy del caso recordar en estos momentos de verdadero júbilo, que llega a todos nuestros ánimos, cómo la *Fiesta de la Raza* comenzó a celebrarse hace no muchos años en el modesto recinto de la Sociedad iberoamericana; nos transmitíamos allí efusiones del entusiasmo, que pronto hubo de desbordar tan reducidos límites. Advertido el Ayuntamiento de Madrid, despertando y recogiendo populares ansias, las dió satisfacción según lo que merecen ellas, llamándonos y asociándonos a todos para celebrar la gloriosa efeméride, en los salones de la Casa de la Villa. Creciendo en importancia, que corresponde a lo que la Fiesta es, el acto de iniciación modesta se da hoy con el esplendor que presenciamos, viniendo el Ayun-

tamiento de Madrid, de su Casa de la Villa a esta Casa de la Ciencia, al seno de la Universidad, que acogiéndonos, presta solemnidad mayor, verdadera consagración, a tan gran fiesta de fraternidad.

Presidía la Unión iberoamericana, cuando se inició, varón muy calificado y respetable, ausente por cargado de años y de servicios; D. Faustino Rodríguez San Pedro. Siquiera no fuese más que para conmemorar esa labor suya, creo que hallaréis justificado el que os dirija la palabra. (*Aplausos.*)

¡Y qué momentos tan solemnes por todos estilos, señores, estos de la Historia en que nos hallamos! Duran todavía, perdurarán, las consecuencias de la terrible conmoción que trajo a la humanidad alteración profunda, de que tardará en reponerse.

¡Quién sabe la suerte que tiene reservado el porvenir, a pueblos y razas! ¿No son los grandes pueblos de raza española, los que esta vez se sienten llamados a superiores, sin duda, muy gloriosos destinos?

En el día de ayer, salió de aguas españolas para Chile, misión augusta; lo es no sólo por la representación, sino por el objeto. Con la recordación revivimos los días de nuestras mayores glorias y vuelven a la memoria con ellas las estrofas de Ercilla, recitación y canto de las hazañas épicas, que en tierras de Chile, en el Arauco, realizaron los nuestros.

Se nos aparece en momentos tan adecuados a la evocación, la figura admirable de Magallanes, de aquel que por su origen, por su carácter y por su destino, resume la representación peninsular y cumple designios superiores, llevando la civilización cristiana y española a remotas tierras, escondidas entre los mares y en lo más apartado de ellos. ¿Qué timbre mayor para la raza, ni qué mayor argumento para la fiesta? Acrecentando el interés, circunstancias graves y difíciles coinciden con la fecha del centenario. Ellas nos invitan a que sumemos nuestros esfuerzos todos, no en la fiesta que es símbolo, sino en la obra general y común, que por medio de la fiesta impulsamos y en que concurren con las Corporaciones populares, Universidades y Academias.

La de la Lengua, por ejemplo, toma en consideración cada vez mayor para sus trabajos, el material riquísimo que a nuestro común idioma ofrecen los países de América; desde luego sus escritores, pero sobre todo el pueblo, que intérprete de la lengua, fiel a su carácter, lo conserva como expresaba el Sr. Jardón, con mucho acierto, en vocablos perdidos acá, y que es menester se recojan,—al mismo tiempo que las voces nuevas y bien formadas que traen los tiempos,—en nuestro diccionario oficial.

También las otras Academias, la de la Historia, la de Ciencias Morales y Políticas, extienden a los pueblos de América sus trabajos, conceden premios así honrosos para quienes los otorgan, como para quienes los obtie-

nen; ejemplo el Sr. Levillier, por no citar otros cultivadores de la Ciencia española, que profundizan en el espíritu de la raza y volviendo por ella, por sus obras, por sus adelantos, preservan la civilización, y hemos de confiar en que preparan, ahuyentando amenazas, evitando peligros, nuevos esplendores.

Con estas obras de aproximación se consagran y se depuran nuestros amores, los que se formaron y crecieron a prueba de contradicciones, en las gestas que memoraba, con verbo magnífico, el Sr. García Kohly; vuelven las memorias, renacen los sentimientos, que sólo estaban adormecidos y reaparecen con mayor claridad las figuras legendarias; Colón, Vasco, Magallanes, Elcano.

Suben naturalmente a los labios al mentar tales héroes, expresiones de admiración, que vienen de lo profundo del espíritu; allí estaban como selladas, y por lo mismo semiocultas, las representaciones que por la fuerza de hondísima conmoción se nos aproximan con claridad que, desmintiendo la distancia de los siglos, altera, por añadidura, el orden de los hechos; y los acaecidos después, los recientes, hartos tristes, quedan borrados por el dolor, más extremo en los instantes últimos del alumbramiento, cuando aquellos a que dimos lo mejor de nuestro ser, hubieron de contar y existir por sí mismos, con plenitud de vida en que la personalidad es completa, y lo es la responsabilidad. Es de ello consecuencia, el que cada pueblo tenga más que ofrecer y haya de aportar caudal mayor, a la común obra civilizadora.

Por eso, estas manifestaciones en que abundamos, con importar mucho por lo que de recordación tienen, importan hartos más en cuanto son albricias de una vida mejor. Aprendamos y escarmentemos en el pasado de inenarrables glorias, quizá por grandes no acertadas a vivir en sus consecuencias en que siguieron inmediatamente a los éxitos, las desventuras. Fué principal causa, el que no comprendiesemos nuestra misión; el que atendiesemos con exceso a lo interior, y lo interior eran las reyertas, las intrigas; no miramos al mar, sino de pasada y siempre se nos ofreció, en su profundidad, como abismo que separa, y efectivamente separó lo que debía unir; nada une tanto como las aguas, pero es sabiéndolas surcar y acertando a ver reflejado en ellas, el ser de los países que las limitan. Indiferentes, extraños al mar, teníamos que vivir en mal llevada relación; extraños entre sí, quienes son unos por el origen y por el carácter. Se originaron prevenciones, ya rectificadas, pero a los deseos no corresponde en las relaciones que hemos de mantener, eficacia bastante. Todavía los que en proporción creciente y con facilidad mayor, van o vienen de nuestras Españas a las de allende—o a la inversa—tienen por necesidad, no suficientes los medios propios, que navegar bajo pabellón extranjero, en vez de ser conducidos por barcos donde ondease la bandera de nuestras respectivas naciones. (*Aplausos.*)

Es menester que al sentimiento muy hondo y al pensamiento muy alto en que coincidimos los hijos de todas las Españas, se le den satisfacciones que no sean meramente protocolarias; asistimos a iniciación, en que sin duda, valen como augurios, que debemos estimar, actos como este a que asistimos aquí, coincidiendo con tantos que fuera de aquí ofrecen prendas de relación por estrecha benéfica; visitas oficiales, manifestaciones entusiastas, signos, en que alborea ya nueva vida, la que acaba de tener expresión elocuentísima en las palabras, a que nos asociamos todos con verdadera efusión, del Sr. García Kohly.

Nada cabe añadir; sólo pudo igualar esas manifestaciones, a que la Unión iberoamericana se une, la superior, por colectiva, manifestación del entusiasmo con que, acogiendo el texto del Sr. García Kohly, habéis significado, convencidos y entusiastas, hasta que punto queréis que al preámbulo de la obra, siga cuanto antes, un articulado en que se defina, para que inmediatamente se realice cuanto las necesidades patentes exigen, cuanto, compensando el tiempo perdido, reclama el tiempo actual, para bien de las naciones españolas que están a uno y otro lado del Atlántico, que en él se miran, que sobre él, confortadas por la esperanza, descubren horizontes que ilumina la civilización y que valdrán para el cumplimiento de sus gloriosos destinos. *(Aplausos.)*

EXCMO. SR. MARQUÉS DE LEMA,
Ministro de Estado.

Ya comprenderéis, señoras y señores, que sólo por obligación que el cargo me impone, y por el deber de gratitud que a todos, y muy especialmente al Ayuntamiento de Madrid y al Sr. Alcalde me ligan, me atrevo a pronunciar algunas palabras con que cerrar este magnífico y brillante concurso que habéis presenciado.

Vibran todavía en vuestros oídos palabras de elocuencia insuperable, y, por no referirme más que a un querido e ilustre huésped, el Sr. Ministro de Cuba, creo que respondo al sentimiento unánime diciendo que ante su palabra cálida y hermosísima, hemos vibrado con igual sentimiento de confraternidad hispanoamericana. *(Aplausos.)*

Como digo, este deber me obliga a dirigiros, por breves instantes, la palabra, y cumplo también el de asociar al Gobierno, a que tengo la inmere-

cida honra de pertenecer, a esta fiesta tan grata para todos. Soy de los que creen que a esta fiesta, inaugurada modesta, pero eficazmente, por la Unión Iberoamericana en España, se ha llegado a conceder los caracteres de fiesta de todos los países de nuestra raza, porque se ha comprendido muy bien una gran verdad. Ya lo decía aquel político sagaz que se llamó Maquiavelo: «Todo Estado debe volver sobre sí mismo, según su opinión, cada diez años»; *Ripigliare lo stato*, que así decía el político florentino; es decir, volver sobre nosotros mismos, darnos cuenta de lo que somos, hacer un examen de nuestras creencias, convicciones y sentimientos, y si eso debemos hacer los que pertenecemos a una nación ¿con cuánto mayor motivo aquellos que pertenecemos a una raza, que ha encontrado tan esplendorosa existencia y desarrollo tan admirable, debemos volver sobre nosotros mismos de cuando en cuando, y mejor todos los años, para fijar la vista en ese origen común, para reconocer las tradiciones que nos unen, para darnos cuenta de todos esos lazos espirituales que luego se traducirán en materiales intereses, pero que son ellos los que conservan viva esa llama que debe animar a pueblos unidos por tantos y tan variados sentimientos y pasiones?

Por eso entiendo, realmente, que esta fiesta repetida todos los años y en Madrid debida al Excmo. Ayuntamiento, es acontecimiento del que todos nos debemos felicitar, porque si el gran Cervantes—que una vez más encontraba la evocación poética en los labios del Sr. García Kohly—se envanecía y con razón, de haber asistido a aquella batalla que dice no habían visto mayor los siglos pasados ni verán los venideros, aun siendo grandísimo aquel acontecimiento, porque representaba un dique puesto a la barbarie y aun teniendo presente los sentimientos que a los españoles tenían que animar al ver que comenzando por Calixto III, el primer Papa Borja, se había iniciado aquella gran cruzada para arrojar al poder musulmán de Europa e impedir, naturalmente, que avasallara la gran civilización cristiana, nosotros, con más razón hemos de rememorar constantemente el mayor acontecimiento de los siglos, porque no fué sólo dominar una barbarie, sino civilizar un mundo tan grande como el conocido, empresa que hoy nos honra, sobre todo a nosotros que tuvimos la suerte de que fuesen nuestros progenitores los que le dieran luz y aliento y vida.

Es, pues, señores, ésta, una gran fiesta que todos los años debemos celebrar, y celebrar con amor, con esperanza de que no sea perdida, porque cada vez hará que en nosotros vibren esos grandes sentimientos.

Un tan gran suceso como el descubrimiento, la conquista y la civilización de América, tenía que pasar por fases diferentes; la fase primera, grandiosa, del descubrimiento; la fase de la conquista. La fase de difundir la civilización y vida españolas, la de organización de aquellos países, mediante sa-

bias leyes que aquí supieron dárselas. Había también de venir otra etapa, que, como ha dicho el Sr. Ministro de Cuba, no significó falta de afecto, y no representa hoy nada que pueda herir nuestros sentimientos, aunque en los primeros instantes produjera esos vagidos de dolor y hasta de ira. Tenía que venir el momento de la emancipación en que aquellos pueblos sintiéndose con alientos al calor de un movimiento, que no surgió contra España, y menos contra la dinastía española, empezaron a separarse de la madre Patria, sintiéndose con fuerza y vida para engendrar nuevas naciones. Y llega por fin, señores, la última etapa, que es la que ahora presenciarnos, en la cual esas naciones conscientes de sí mismas, y todas haciendo justicia a sus sentimientos y a su amor hacia la madre común pueden realizar una obra de cooperación, pueden hacer una gran obra, escribiendo la gran epopeya que, sin duda alguna, se irá desarrollando en el porvenir. Y esta que ha sido, después de todo, la palpitación suprema de todos los discursos de esta tarde, esto es lo que debemos celebrar cada vez con mayor entusiasmo en este día, abrigando el convencimiento de que conscientes ellos y conscientes nosotros, unidos por esos sentimientos y por esa tradición común, podemos todavía, conservando, claro es, nuestra absoluta independencia política, llevar a cabo ante el mundo grandes empresas, que no serán bélicas, ni estruendosas, sino grandes y nobles ante los demás pueblos de Europa y del mundo en general y podremos ofrecer a éste, señores, las virtudes que aún perduran en nuestra raza, los elementos de vida que todos sabemos conservar y demostrar de lo que es capaz este pueblo, unido por un habla admirable que le sirve de vehículo, que posee unos sentimientos, aspiraciones o ideales que transformados naturalmente en el curso de los siglos, recuerdan siempre aquel fuego sagrado que hace cuatro siglos dió vida a estas brillantes naciones americanas.

Yo, señores, no puedo cansar más vuestra atención, no puedo por un momento más retenerla cuando vuestra memoria debe conservar páginas más brillantes, como son las que aquí habéis escuchado, y, por tanto, termino mi modesta intervención.

Felicito con mucho calor al Ayuntamiento de Madrid y al excelentísimo Sr. Alcalde Presidente, que nos ha proporcionado esta nueva ocasión de evocar los triunfos de la raza y de poner de manifiesto lo que esperamos todavía de ella; al Sr. Rector de la Universidad de Madrid, que siempre modesto, siempre bueno, siempre sabio, ha sabido, animado de noble entusiasmo, ofrecer la Universidad española a las Universidades y a los sabios americanos. Cumplido este grato deber y a todos saludándoos por vuestra cooperación en este acto, y muy especialmente, a los dignos representantes de las Repúblicas americanas, por cuya prosperidad hago tantos votos, y

deseando a los jefes de esos respectivos Estados que puedan presenciar el desenvolvimiento y prosperidad de sus pueblos, me permito, señores, como última palabra, llamar la atención vuestra sobre la alta protección que a todos nos cubre en esta fiesta, que es la de nuestro augusto Soberano el Rey Don Alfonso XIII, siempre unido a cuanto es grande, a cuanto es noble y a cuanto es patriótico. (*Grandes y prolongados aplausos.*)



